

canzado por la Corte sobre los *whigs*, no se pagase nada, ni se hiciese la más leve concesión á los reclamantes, que hubieron de quedar en tal estado hasta el planteamiento de nuevo sistema por obra de la nueva dinastía; nuevo sistema que no consistió, como pretenden algunos, en ocurrir por medio de los empréstitos á las exigencias del Gobierno, procedimiento que no fué implantado ciertamente por Guillermo III; que contraer deudas fué de tiempo inmemorial la práctica de los Gobiernos ingleses, y la novedad introducida por la revolución, la práctica de pagarlas (1).

Merced al despojo de los acreedores del Estado, y de algunos subsidios obtenidos de Francia de vez en cuando, era posible hacer frente con los ingresos de un millón cuatrocientas mil libras á los gastos indispensables del Gobierno y á los absurdos é inútiles de la Corte; porque la carga que pesaba de una manera más insostenible sobre la Hacienda de los grandes Estados del continente apenas si era sensible para el Tesoro inglés.

V.

SISTEMA MILITAR.

Mientras la Francia, los Países Bajos y Alemania sostenían en tiempo de paz ejércitos más numerosos que los de Felipe II y Enrique IV en tiempo de gue-

(1) Las principales autoridades en que me apoyo para esta exposición del estado económico de Inglaterra se hallan en las actas de la Cámara de los Comunes del 1.º y 20 de marzo de 1688-89.

rra; y por todas partes se levantaban bastiones y rebellines contruidos con arreglo á principios desconocidos al Duque de Parma y á Spínola; y se acumulaban cantidades de armas y municiones que Richelieu mismo, con ser el hombre á quien la generación anterior reputó por artesano de prodigios, habría llamado fabulosas; y no podía transitarse por los caminos de esos países sin ver regimientos en marcha, y fortalezas, y fosos, y puentes levadizos; en Inglaterra, por el contrario, era posible vivir y viajar mucho sin darse cuenta por ningún aparato ni rumor bélico de que la defensa de las naciones hubiese llegado á ser ciencia y profesión; como que la mayor parte de los Ingleses que no tenían veinticinco años no había visto acaso nunca una compañía de soldados regulares; que apenas si una sola de aquellas ciudades que rechazaron vigorosamente al enemigo durante la guerra civil se hallaba en condiciones de sostener un asedio; que las puertas quedaban tan francas de noche como de día; que los fosos no tenían agua; que las murallas caían arruinadas ó se restauraban sólo con el objeto de proveer á los habitantes de la localidad de paseos agradables las noches del estío; que no pocos castillos feudales habían sido demantelados por los cañones de Fairfax y de Crómwell, siendo sólo montones de piedras cubiertas de yedra; que los que aun quedaban carecían de su carácter primitivo y eran únicamente palacios rústicos de la grandeza, con los fosos transformados en criaderos de carpas y de sollos, y los baluartes en jardines, cuyas calles de arbustos y flores conducían á las viviendas de verano, adornadas de pinturas y espejos (1). Aun

(1) Véase, por ejemplo, el cuadro del baluarte, en Marlborough, en el *Itinerarium curiosum* de Stukeley.

se descubrían entonces en los cabos, así como tierra adentro en las montañas, algunos postes sustentando barricas en lo alto; pero si en otro tiempo sirvieron para encender hogueras de pez que avisaran de los peligros, dejando ver sus llamas á cincuenta millas á la redonda, y dando lugar á que corriesen á empuñar las armas condados enteros, hacia ya muchos años que no se encendían estos faros para señalar buques españoles en el estrecho, ni cuadrillas de bandidos escoceses al cruzar el Tweed, y todos los consideraban á la sazón, antes como despojo curiosísimo de las antiguas costumbres, que como parte integrante de una serie de medidas necesarias á la seguridad del Estado (1).

El único ejército que reconocía la ley en Inglaterra era la milicia; y como en virtud de la reorganización que sufrió sobre nuevas bases por dos acuerdos del Parlamento, á poco de verificarse la Restauración, cuantos poseían quinientas libras de renta procedentes de bienes raíces, ó seis mil libras de bienes muebles, tenían que aportar, vestir y mantener un jinete; y los que poseían cincuenta libras de renta ó seiscientas de capital por los mismos conceptos respectivamente que los anteriores debían de hacer lo propio con un infante; y los propietarios menos ricos, agrupados en sociedades para las cuales no tiene nombre especial nuestra lengua, pero que los atenienses habían denominado *Synteleía*, contribuían, según sus recursos, con un infante ó jinete por corporación, la cifra total de caballería y de infantería que se alcanzaba por tal modo era generalmente de ciento treinta mil hombres (2).

(1) Chamberlayne: *State of England*, 1634.

(2) 13 y 14 Car. II, c. 3; 15 Car. II, c. 4.—Chamberlayne, *State of England*, 1634.

De conformidad con la antigua Constitución del reino y por recientes y solemnes acuerdos de las dos Cámaras del Parlamento, era el Rey jefe único de fuerzas tan considerables. Los lores lugartenientes y sus diputados ejercían entonces sus mandos bajo las Órdenes del Monarca y señalaban las épocas en que debían reunirse las milicias para su inspección y ejercicios, cosas ambas en las cuales no debían de invertir más de catorce días al año. Las infracciones de la disciplina se castigaban por los jueces de paz, autorizados al efecto, con penas leves. Pero si los gastos ordinarios de este ejército no corrían á cargo de la Corona, cuando las milicias se movilizaban para la guerra, ocurría el Estado á su mantenimiento, y las sometía entonces á todo el rigor de la ordenanza militar.

Tenían estas milicias sus enemigos y sus detractores. Los que habían viajado por el continente y maravillábase de la mecánica exactitud con que se movían y daban el «*quién vive*» los centinelas de las plazas fuertes construídas por Vaubán; que habían visto los ejércitos poderosos que cubrían todos los caminos de Alemania para desalojar á los turcos de las puertas de Viena, y que se deslumbraron con la magnificencia y el brillo de las tropas de Luis XIV, se burlaban de la torpeza con que se movían los labriegos del Devonshire y del Yorkshire al hacer evoluciones y de la rusticidad de su porte; no nada marcial, cuando se presentaban armados de picas y mosquetes; y por tal modo, mientras los enemigos de las libertades y de la religión de Inglaterra miraban con repugnancia y hasta con odio una fuerza que no podía emplearse sin gran peligro contra la libertad y la religión, y no dejaban pasar ninguna oportunidad de poner en ridículo la campestre sol-

dadesca (1), al comparar los patriotas ilustrados los groseros reclutas de Inglaterra con los batallones que podían en momentos de peligro trasportarse á las costas del Kent ó del Sussex en algunas horas, se veían obligados á reconocer que si era peligroso el sostener un ejército permanente, acaso lo era más todavía el exponer la honra y la independencia de la nación al éxito de una batalla entre labriegos dirigidos por jueces de paz, y veteranos acaudillados por mariscales de Francia. Empero en el Parlamento era necesario expresarse con cierta reserva, por ser la milicia una institución esencialmente popular, y que las observaciones que se hicieran respecto de ella sólo fueran eficaces á excitar la indignación de los dos grandes partidos políticos al propio tiempo, sobre todo del que más se distinguía por su celo en favor del Monarca y de la Iglesia anglicana. Y como por otra parte los jefes de la milicia de los condados eran casi en su totalidad nobles y *gentlemen* tories y estaban orgullosos de sus empleos militares, reputaban por insulto personal cualquier insulto que fuese dirigido al cuerpo en el cual servían. Bien es cierto que no se les ocultaba que cuanto se decía contra la milicia era en alabanza encubierta del ejército permanente, institución aborrecida de todos ellos por haber sido bajo su imperio cuando murió el Rey de-

(1) Dryden expresa con su acerada vivacidad y habitual energía en el poema de *Cymon and Iphigenia* el espíritu que dominaba entre los cortesanos de Jacobo II, diciendo:

«En el campo resuenan los bélicos gritos de la grotesca é ignorante milicia, bocas sin brazos mantenidas á mucha costa, carga en tiempo de paz, triste defeasa en tiempo de guerra; valerosa una vez al mes, marcha con aire fanfarrón, resuelta siempre, menos cuando es necesario, y se dirige ordenadamente al sitio donde hace breve simulacro de guerra para ir á emborracharse luego, negocio principalísimo de la jornada.»

capitado, y fueron abatidos los nobles, y saqueados los propietarios, y perseguida la Iglesia; como que apenas había gran propietario que no tuviera en la memoria un largo capítulo de agravios contra los soldados del Parlamento: este porque volaron su castillo; aquel porque talaron los árboles seculares de su parque; esotro porque no podía ir nunca á la iglesia de su parroquia sin que los abatidos blasones y las estatuas decapitadas de sus antepasados le recordasen que los rojos de Crómwell hicieron de ella cuadra para sus caballos. De aquí que los mismos realistas que más dispuestos parecían siempre á combatir en persona por el Rey, fueran los últimos á quienes pudiera el Rey atreverse á pedir recursos con que pagar tropas regulares.

Sin embargo, algunos meses después de la Restauración comenzó á formar Carlos un pequeño ejército permanente, persuadido de que si no tenía más defensa que la del pueblo armado y de sus guardias, los *beefeaters*, ó tragacarnes, ni su persona ni su casa estarían seguras en medio de una gran ciudad llena de guerreros de la quinta monarquía, recientemente licenciados. Por tanto, y á pesar de su natural descuido y de su prodigalidad, hizo un esfuerzo para introducir ciertas economías en el presupuesto de sus disipaciones, las cuales produjeron la cantidad bastante á sostener una guardia personal; y como aumentaron sus rentas con el desarrollo del comercio y de la riqueza nacional, pudo luego, á despecho de la Cámara de los Comunes, aumentar de una manera progresiva estas fuerzas regulares, llegando á ser considerable su medro algunos meses antes de acabar su reinado, en razón á que por haberse abandonado el costoso, inútil y mortífero establecimiento de Tánger á los bárbaros pobladores del país, su presidio, que

contaba con un regimiento de infantería y de otro de caballería, regresó á Inglaterra.

Estas tropas formadas, como queda dicho, por Carlos II fueron el germen del glorioso ejército que, andando el tiempo, había de hacer entradas triunfales en Madrid (1), en París, en Cantón y en Candahar. Los Guardias de Corps (*Life Guards*), que forman al presente dos regimientos, se hallaban á la sazón divididos en tres compañías de á doscientos hombres, sin los oficiales, armados de carabinas, y tenían el cargo de custodiar al Monarca y la familia real. Merced á esto, gozaban del privilegio, aun los soldados, de llamarse Caballeros de la guardia; y como, además, muchos de ellos pertenecían á buenas familias y habían ejercido mandos durante la guerra civil, y sus pagas eran superiores á las de los cuerpos preferentes de nuestros días, y podían considerarse á la sazón muy bastantes al decoro de los segundones de caballeros del campo, y sus caballos lucían ricos arreos, y sus corazas, y sus vestidos de piel de búfalo, y sus adornos de cintas de terciopelo y galones de oro eran magníficos, ofrecían brillantísimo aspecto en el parque de Saint James. A cada compañía de guardias se agregaba cierto número de granaderos dragones, procedentes de clase inferior y con menos sueldo. Otro cuerpo de caballería perteneciente á la casa militar del Rey, cuyo distintivo era uniforme y capa de color azul, y llamado aún de los *Azules*, acuartelaba lo más del tiempo en las cercanías de la capital, del propio modo que el cuerpo designado al presente bajo la denominación de primer regimiento de dra-

(1) El autor alude acaso á la época en que, aliados los Ingleses á los Españoles, combatieron á los ejércitos de Napoleón, bien que causando mayor estrago en la Península, cuya industria destruyeron, que los invasores.—N. del T.

gones, á la sazón el único que hubiera en el ejército inglés. Aparte de éstos, organizados recientemente con jinetes que regresaron de Tánger, acampaba cerca de Berwick una compañía suelta de dragones, con el cargo de vigilar á los salteadores de la frontera; que á esta clase de tropa se la consideraba en aquel tiempo como la mejor para tales servicios, pues como decía Montecuculli, en el siglo xvii los jinetes no eran otra cosa que soldados de infantería, los cuales, merced á sus caballos, llegaban con más rapidez al punto de su destino.

La infantería de la casa militar del Rey constaba de dos regimientos, denominados entonces, como ahora, primero de guardias de á pie y *Coldstream Guards*, prestando generalmente servicio en Whitehall y el palacio de Saint James; y como no había entonces cuarteles en aquel barrio, ni podían los soldados, á virtud de la petición de derechos, habitar en las casas particulares, todas las tabernas de Westminster y del Strand estaban llenas siempre de casas rojas.

Contábanse otros cinco regimientos de infantería, llamado uno de ellos del Almirante, cuyo destino era servir á bordo de la escuadra; los demás son aún los cuatro primeros regimientos de línea del ejército inglés. Dos de estos hicieron honor durante largo tiempo en el continente al esfuerzo británico, tomando el primero, llamado Real, á las órdenes del gran Gustavo, parte importantísima en la liberación de Alemania; y el tercero, que se distinguía por las vueltas color de carne del uniforme, de donde provino su nombre de *Bufs* (1), combatió no menos bizarramente á las de Mauricio de Nassau por la liberación

(1) *Buff* vale ante en castellano.—N. del T.

de los Países Bajos. Al cabo de grandes vicisitudes fueron llamados del servicio extranjero por Carlos II ambos cuerpos, ingresando en el ejército inglés.

Los regimientos que forman al presente el segundo y cuarto de línea llegaron de Tánger el 1685, trayendo consigo hábitos de crueldad y de licencia, contraídos en las prolongadas luchas que sostuvieron con los Moros. Algunas compañías sueltas de infantería se hallaban de guarnición en Tilbury Fort, en Plymouth, Portsmouth y en otras posiciones importantes de la costa.

Un gran cambio había ido verificándose en el arma de infantería desde los principios del siglo xvii al reemplazar poco á poco las picas con los mosquetes; pero, aun cuando al fin del reinado de Carlos II eran mosqueteros la mayor parte de los infantes, quedaban muchos piqueros en el ejército. Adiestrábanse también á la sazón los diversos institutos en el manejo de aquellas armas que constituían la especialidad de otros cuerpos, y así, los infantes traían espada, y los dragones, además del mosquete, un arma cuyo uso se ha generalizado después, llamada entonces puñal y que desde la época de Crómwell se designa en Inglaterra con el nombre francés de bayoneta. No parece, sin embargo, que fuese la bayoneta en aquel tiempo el terrible instrumento de muerte que ha llegado á ser después, porque la ponían fija en la boca del fusil, y durante la batalla empleaba la tropa largo espacio en quitarla para hacer fuego y en calarla para cargar.

Al comenzar el año 1685 se componía el ejército regular de Inglaterra de siete mil infantes y mil setecientos jinetes ó dragones, costando entre unos y otros doscientas noventa mil libras al año, esto es, menos de la décima parte de lo que costaba el de

Francia en tiempo de paz. El haber diario de cada soldado de la Guardia de Corps era de cuatro chelines; de dos con seis peniques el de los *Azules*; de diez y ocho peniques el de los dragones; de diez el de los guardias de infantería, y de ocho el de los de línea. La disciplina estaba muy relajada, en razón á que, como la ley común no reconocía los consejos de guerra, ni hacía diferencias en tiempo de paz entre soldados y ciudadanos, ni se hubiera tampoco atrevido el Gobierno á solicitar del Parlamento más adicto un *bill* contra la insubordinación, el soldado que cometía un atropello contra su coronel, sólo incurría en la pena prevista por la ley común para esta clase de faltas, sin que fuese posible castigarlo por negarse á la obediencia, desertar ó dormirse haciendo centinela. Cierto es que se impusieron penas militares durante el reinado de Carlos II; pero también lo es que los encargados de aplicarlas lo hicieron con mucha templanza y de modo que no llamase la atención pública ni diese lugar á que llegaran á entender los tribunales de justicia de Westminster-Hall en ninguna querrela.

Como se ve, no era posible que un ejército semejante fuese ocasionado á reducir á esclavitud cinco millones de Ingleses; que apenas si habría sido eficaz á reprimir una insurrección en Londres, de hacer causa común con los rebeldes la Guardia ciudadana de la *city*, y como tampoco debía el Monarca esperar socorro de sus demás reinos si estallaba una lucha en el de Inglaterra, pues si bien existían otros establecimientos militares en Irlanda y Escocia, eran acaso insuficientes á contener á los puritanos descontentos del uno y á los católicos descontentos del otro, no le quedaba sino un recurso, llegado que fuera el conflicto, á saber: llamar en su auxilio los seis magníficos regi-

mientos que tenía en las Provincias Unidas á sueldo de ellas y que mandó primero el bizarro Ossory. De éstos, tres procedían de Inglaterra y tres de Escocia; y pues se había reservado el derecho de llamarlos, si los necesitaba, para defenderse de los enemigos domésticos ó extranjeros, toda la esperanza de remedio debía cifrarla en ellos: entretanto, nada le costaban y los tenía sujetos á saludable y eficaz disciplina, cosa que no habría osado imponerles por sí (1).

VI.

LA MARINA.

Pero si la suspicaz vigilancia del Parlamento y de la Nación hacía imposible al Rey crear y sostener un ejército permanente formidable, ningún obstáculo impedía elevar su poder marítimo al más alto punto, porque así los *whigs* como los *tories* se hallaban siempre dispuestos á votar con aplauso cuantas medidas tendiesen al progreso y desarrollo de una fuerza que con ser la protectora más eficaz de la isla contra los enemigos extranjeros, era impotente contra las libertades civiles. Y como las victorias más señaladas que alcanzaron los soldados ingleses y que tuvieron por

(1) La mayor parte de los materiales que me han servido para esta relación del ejército regular se hallan en los *Historical Records or Regiments*, publicados de orden de Guillermo IV, bajo la dirección del Ayudante general. Véase también á Chamberlayne, *State of England*, 1634; *Abridgment of the English Military Discipline*, impreso de orden superior, 1685; *Exercise of Foot*, impreso de orden de Sus Majestades, 1690.

testigos á los contemporáneos de Carlos II, las obtuvieron sobre sus Príncipes, y las de los marinos, por el contrario, fueron sobre los enemigos extranjeros y apartaron del suelo patrio la destrucción y el pillaje; mientras que la mitad, á lo menos, de Inglaterra, recordaba con horror la batalla de Naseby, ó con orgullo mezclado de tristeza la de Dumbar, todos los partidos pensaban con el mismo entusiasmo en la destrucción de la *Invencible* y en los combates de Blake contra Holandeses y Españoles. De aquí que, aun cuando la Cámara de los Comunes hubo de mostrarse á las veces descontenta y no nada generosa, siempre que se trató de los intereses de la marina llegó hasta la prodigalidad. Buena muestra dió de ello cuando, bajo el ministerio de Danby, se le manifestó que gran número de buques de la armada estaban viejos y en malas condiciones, pues, aunque no se hallaba entonces propicia en modo alguno á ser generosa, concedió un crédito de seiscientos mil libras próximamente, para emplearlas en construir treinta navíos de guerra.

Pero los defectos del Gobierno hicieron estériles tan nobles liberalidades, pues si bien la lista de los buques de S. M. enumeraba nueve navíos de primer orden, catorce de segundo, treinta y nueve de tercero, y muchos barcos pequeños, eran los navíos de primer orden inferiores á los de tercero en nuestros días, y los de tercero apenas si podrían compararse con las grandes fragatas de ahora (1). No obstante, si estas fuerzas se hubieran hallado en buenas condiciones, aun habrían podido reputarse por formidables para el Monarca más poderoso de la época; pero es lo cierto que sólo existían en el papel; que á fines del reinado de Carlos II había caído la marina inglesa de tal modo, que pare-

(1) Conviene advertir que esto se escribió en 1848.—N. del T.

cería increíble á no dar testimonio de su estado pruebas imparciales y unánimes de personas de indubitable autoridad en la materia. Dos memorias, redactada una en 1684 por Pepys, el hombre más capaz del almirantazgo inglés, para informar al Rey, y otra por Bonrepaux, el hombre más capaz del almirantazgo francés, que visitó á Inglaterra pocos meses después con el fin especial de conocer exactamente su fuerza marítima y de comunicar á Luis el resultado de sus investigaciones, concluyen del mismo modo, esto es: Bonrepaux, diciendo que todo estaba en el mayor desorden y en la situación más miserable; que hasta en Whitehall se reconocía y confesaba, si bien con celos y vergüenza, la superioridad de la marina francesa, y que el estado de los buques y de los arsenales de los ingleses era prenda segura de la impotencia de la Gran Bretaña para intervenir en los asuntos de Europa (1); y Pepys, que la administración de la marina era un prodigio de prodigalidad, de corrupción, de ignorancia y de abandono; que no era posible confiar en ningún cálculo; que ni se cumplía ningún contrato, ni se ejercía ninguna vigilancia; que los navíos cuyo presupuesto votó la Cámara de los Comunes, y que no llegaron á salir de los arsenales, habían sido construídos con maderas tan malas que aun se hallaban en peor estado que los antiguos, destrozados á cañonazos treinta años antes por Holandeses y Espa-

(1) Me refiero á un despacho de Bonrepaux á Seignelay, fecha 8-18 de febrero de 1686, que copió en los Archivos franceses Mr. Fox, durante la paz de Amiéns, y que se me confió con los demás materiales reunidos por este grande hombre, por lady Holland, antecesora del lord actual, y por este mismo. En París he obtenido copia de otros documentos interesantes que pueden servir ó llenar los vacíos que aun quedaban en la colección de Mr. Fox. (Nota de 1848.)

ñoles; que algunos de los nuevos estaban de tal modo podridos que, á menos de carenarlos inmediatamente, corrían peligro de zozobrar sobre las amarras; que los marineros percibían sus haberes con tan poca puntualidad, que se daban por muy satisfechos vendiendo sus pagas á los usureros con 40 por 100 de pérdida, y que los jefes que no tenían amigos poderosos en la corte lo pasaban peor aún, habiéndose dado varios casos de oficiales á quienes se debían cantidades enormes por atrasos, y que después de haber solicitado en vano su cobro durante años enteros, murieron en la mayor indigencia y hasta de hambre.

Cierto es que la mayor parte de los buques de guerra estaban mandados por hombres que no pertenecían á la marina; pero bien será decir que no se implantó este abuso por el Gobierno de Carlos, pues anteriormente ningún Estado, antiguo ni moderno, había establecido separación completa entre los servicios de mar y tierra; como que si nos remontamos á las grandes naciones civilizadas del antiguo mundo, vemos combatir, así en la tierra como en la mar, á Cimón y Lisandro, á Pompeyo y Agripa, y que, á pesar del impulso que recibieron las ciencias náuticas á fines del siglo xv, no hubo ningún progreso material en la división del servicio. En Floden, por ejemplo, el ala derecha del ejército victorioso la mandaba el Almirante de Inglaterra; en Jarnac y en Montcontour el ejército de los Hugonotes lo dirigía el Almirante de Francia; D. Juan de Austria, vencedor en Lepanto, y lord Howard d'Effingham, á quien se confió el mando de la escuadra inglesa cuando los Españoles se acercaron á las costas de Inglaterra, eran uno y otro extraños á la marina; Raleigh, tan justamente renombrado por su pericia en el mar, sirvió muchos años en los ejércitos de tierra en Francia, en los

Países Bajos y en Irlanda; y Blake, antes de medirse en el Océano con Españoles y Holandeses, se distinguió por su bizarría defendiendo hábil y resueltamente una plaza del interior en su patria. El mismo sistema continuó después de la Restauración, viéndose por esto confiar la conducta de grandes flotas á Rupert y á Monk, esforzado y audaz oficial de caballería el primero, general de tierra el segundo, que mandaba virar diciendo: *Media vuelta á la derecha ó á la izquierda* con no poca risa de los tripulantes de su nave.

Por aquel tiempo, sin embargo, comenzaron algunos hombres ilustrados á comprender que los rápidos progresos obtenidos, así en el arte de la guerra como en el de la navegación, reclamaban de consuno separar lo que hasta entonces había estado unido, y, por tanto, los mandos terrestres y marítimos, que constituyeron una cosa misma, comenzaron en Francia desde 1672 á estar divididos, dedicando su Gobierno á cierto número de jóvenes de buena familia á la educación especial y propia del servicio de mar. Pero en vez de seguir el Gobierno inglés tan buen consejo, continuó repartiendo los mejores mandos de la armada entre los oficiales del ejército, y hasta confiándolos á veces á personas que ni aun en tierra hubieran debido ejercer cargo ninguno, pues cualquier adolescente de ilustre alcurnia ó cualquier palaciego disoluto, recomendado de cualquiera de las favoritas del Rey, estaba seguro de obtener el mando de un navío de guerra, quedando con él á merced de su impericia la honra de la patria y la vida de centenares de hombres dignos de mejor suerte. Poco importaba que no hubiese navegado nunca sino en el Támesis, que no pudiera guardar el equilibrio á bordo y que fuesen iguales para él la longitud y la latitud, pues como

no se reputaba indispensable la instrucción preparatoria, lo más que se hacía era encargarles que navegaran algunas semanas en un buque de la armada, donde, libres y exentos de toda disciplina, y recibiendo señaladas muestras de respeto, y pasando el tiempo en festines y diversiones más ó menos lícitas, si aprendían el sentido de algunas palabras técnicas y los nombres de los puntos de la brújula, se les declaraba capaces para mandar un navío de tres puentes. Tanto es así, que en 1666 John Sheffield, Conde de Mulgrave, se alistó como voluntario, á la edad de diez y siete años, para servir á bordo contra los Holandeses; que después de pasar seis semanas embarcado, divirtiéndose á su antojo en compañía de algunos libertinos de su clase, regresó á Inglaterra para tomar el mando de un escuadrón de caballería, y que, aun cuando desde aquel momento no volvió á navegar hasta 1672, fué nombrado inmediatamente capitán de un navío de ochenta y cuatro cañones, que se consideraba como el mejor de la armada. Tenía entonces el Conde veintitres años, y tres meses muy escasos de navegar. Cuando regresó de aquella excursión naval recibió el despacho de coronel de infantería. Por tal modo se daban los mandos de la mayor importancia en aquel tiempo; y bien será decir que, con ser escandaloso el ejemplo citado, aun puede hallársele cierta disculpa en razón á que, si faltaban la experiencia y los conocimientos necesarios á Mulgrave, tenía talento y valor de sobra. Otros, en cambio, alcanzaron medros parecidos, no sólo sin ser buenos oficiales sino que intelectual y moralmente se hallaban incapacitados de serlo, y cuyos títulos á tan señaladas mercedes consistían en estar arruinados por el vicio y la disipación. El estímulo que tenían estos hombres para entrar en la marina consistía

principalmente en las utilidades que reportaban trasportando de puerto en puerto los lingotes de plata y oro y otras mercaderías preciosas, porque el Atlántico y el Mediterráneo estaban de tal modo infestados en aquella sazón de piratas berberiscos, que los comerciantes se negaban á cargar objetos de gran valor en barcos que no fuesen de guerra. Merced á lo cual ganaban las más de las veces los capitanes, en viajes cortos, miles de libras, y no pocos, á causa de tan cuantiosos beneficios, desatendieron los intereses de la patria y el honor del pabellón, haciendo humillantes transacciones con las potencias extranjeras, desobedeciendo las órdenes de sus superiores, y permaneciendo en puerto cuando se les mandaba perseguir corsarios de Salé, á trueque de salir la vuelta de Liorna con cargamentos de plata cuando sus instrucciones les prescribían darse á la vela para Lisboa. Y esto lo hacían con perfecta impunidad, porque la misma protección que los había elevado á ejercer cargos inmerecidos los amparaba y protegía en ellos de tal modo, que ningún Almirante, por más graves motivos que tuviera para someter á consejo de guerra por sus faltas á estos lindos palatinos, corrompidos y disolutos, apenas si era osado á enunciar la especie por lo bajo. En cambio, aquellos oficiales que se mostraban intransigentes en materia de honor, presto advertían que su conducta no era eficaz á su honra ni á su provecho; habiéndose dado el caso de que, por cumplir un capitán las órdenes del almirantazgo y permanecer fiel en su puesto, se negó cierta ocasión á recibir un cargamento que le hubiera producido 4.000 libras de beneficio, y de que, al saberlo Carlos, le dijese con indigna ligereza que lo felicitaba por ello, aun cuando no había dado muestra de muy sano juicio procediendo como lo hizo.

La disciplina era lo que podía ser con tales jefes, pues del propio modo que no respetaba el capitán cortesano al Almirantazgo, los marineros se mofaban del capitán, en razón á que más entendía cualquier grumete de la ciencia de navegar que no él, y á que hubiera sido absurdo suponer que hombres familiarizados con las tempestades de los trópicos y los bancos de hielo del polo ártico se sometieran á obedecer, pronta y respetuosamente, á quien no sabía más de los vientos y de las olas que lo aprendido bogando en una barquilla dorada entre Whitehall Stairs y Hampton Court. Y como que confiar á estos capitanes la maniobra de los buques era imposible, así este cargo como el de la derrota lo ejercían los pilotos; división de autoridad que tenía muchos y grandes inconvenientes en la práctica, por no ser fácil empresa el deslindar con exactitud las atribuciones de cada uno. De aquí las querellas que surgían, y que los capitanes, tanto más satisfechos de sí mismos cuanto eran más ignorantes, tratasen á los pilotos y contra maestres con soberano desprecio, mientras contra maestres y pilotos, que conocían el peligro de indisponerse con hombres poderosos, cedían las más de las veces contra sus convicciones tras floja y tímida resistencia, siendo maravilla que la consecuencia del conflicto no fuese la pérdida del buque y de sus tripulantes. Por tanto, los menos temibles de los capitanes aristocráticos eran aquellos que abandonaban de todo en todo sus naves á los pilotos, y se ocupaban sólo en ganar dinero y gastarlo, en vivir de la manera más fastuosa y muelle, en vestirse como para los besamanos de Versalles, en comer en vajilla de plata, en beber los vinos más exquisitos y tener odaliscas á bordo, mientras que el hambre y el escorbuto hacían estrago en la tripulación y cada día se arrojaban cadáveres al mar.

Así eran generalmente aquellos hombres á quienes llamaban capitanes caballeros. En cambio, y para bien de Inglaterra, hubo asimismo, entonces, mezclados con ellos, otros comandantes de género muy diverso, cuya vida pasaba en el Océano, que lucharon é hicieron su camino por sí, con su propio esfuerzo, y que desde los empleos más ínfimos del servicio marítimo se habían elevado á los primeros cargos de la armada. Uno de los oficiales más notables entre los indicados fué sir Cristóbal Mings, que comenzó la carrera de grumete y sucumbió combatiendo bizarramente con los Holandeses, siendo llevado al sepulcro en hombros de sus marineros, que lloraban y proferían exclamaciones de venganza. De él salió, por una manera singular de generación, una raza de marineros peritísimos y bizarros, pues sirvió bajo su mando en calidad de grumete sir John Narborough, y bajo las de éste, y también como grumete, sir Cloudesley Shovel; hombres todos á cuyo natural buen sentido y esfuerzo indomable debe la nación inglesa eterna gratitud; como que, gracias á la entereza de que dieron siempre altísimo ejemplo, y á pesar de la mala administración y de los defectos de los almirantes palatinos, estuvieron amparadas las costas de la patria y tremoló erguida la bandera nacional durante largos, tristes y peligrosos años. Bien será decir que aquellos lobos marinos, embreados (*tarpanelins*), como los llamaba el vulgo, parecían á los demás hombres pertenecer á una raza extraña y semisalvaje; que su ciencia consistía única y exclusivamente en el ejercicio de su profesión, y esta ciencia profesional antes era práctica que no científica. Fuera de su elemento parecían sencillos como niños; pero sus modales eran tan toscos y su rudeza tan extremada y su lenguaje tan brutal, que los hacían impro-

pios para el trato de gentes. Así fueron los jefes en cuya dura escuela se formaron los intrépidos guerreros á quienes describió Smollett de una manera tan gráfica en los personajes del capitán Bowling y del comodoro Trunnion; pudiendo asegurarse también que nunca tuvieron los Estuardos á su servicio ni un oficial de marina con arreglo á las ideas modernas, es decir, un hombre versado al mismo tiempo en la teoría y en la práctica de su profesión, endurecido en el peligro de los combates y de las tempestades, y con esto culto y de buenos modales; que había en la armada de Carlos II marinos y caballeros; pero los marinos no eran caballeros, ni los caballeros marinos.

Hubiera podido entonces la marina inglesa, según cálculos muy exactos que tenemos á la vista, sostenerse en buen estado con el auxilio de trescientas ochenta mil libras al año; pero es lo cierto que se invertían cuatrocientas mil, como se ha visto, sin provecho ninguno. A su vez casi gastaba lo mismo la Francia, y mucho más la Holanda (1).

(1) He tomado principalmente de Pepys los datos relativos á la marina de la época de Carlos II. Su Memoria fué presentada al Rey en mayo de 1684, y no se ha impreso que yo sepa. El manuscrito se halla en el colegio de la Magdalena, en Cambridge. Allí existe también un manuscrito precioso que contiene una relación detallada de los establecimientos marítimos del reino en diciembre de 1684. El escrito de Pepys, titulado: *Memoirs relating to the state of the royal navy for ten years, determined december 1683*; su Diario y su correspondencia durante su comisión en Tánger están impresos y los he consultado mucho. Véanse también las *Shelfield's Memoirs*, *Teonge's Diary*, *Aubrey's Life of Monk*, *The life of sir Cloudesley Shovel*, 1708, y las actas de la Cámara de los Comunes de 1.º y 2º de marzo de 1688 y 89.